

CAPÍTULO LXXVI. *Donde se contiene la vida del venerable padre fray Alonso Urbano*



L VENERABLE PADRE FRAY ALONSO URBANO fue natural de el pueblo de Mondéjar, en el reino de Toledo; y tomó el hábito de nuestro padre San Francisco en la provincia de Castilla, en el convento de San Juan de los Reyes, de la misma ciudad de Toledo, siendo mancebo de poca edad, donde estudió artes y teología y pasó a estas partes de las Indias a esta provincia del Santo Evangelio, siendo mozo, aunque ya predicador. Era hombre de muy gran recogimiento y aprendió luego en los primeros años que vino las lenguas mexicana y otomí, y en ambas predicaba con mucha propiedad. Era muy devoto de Nuestra Señora; y así le predicaba los sermones de sus festividades con grande fervor de espíritu; y entre otras que tenía de su devoción eran tres las fiestas que solemnizaba mucho; una era la natividad de Cristo nuestro señor, porque aquí comenzaron los misterios de nuestra redención; y otra la del Santísimo Sacramento, porque en ella se nos dejó en manjar para sustento de nuestra alma; y la otra la de la Asunción de la virgen Maria, donde fue a recibir el premio de sus muchos merecimientos. Y aunque en todas mostraba pureza y fervor de espíritu, en éstas era doblado, como el que pidió el profeta Eliseo, a su santo maestro y padre Elías. Era muy ardiente en su devoción y espíritu y algunas veces, lleno de la consideración de la observancia de la regla que había profesado, decía que era gran pecador y que vivía como animal bruto; pues que estando tan obligado a Dios por particulares votos no hacía mucha y muy particular penitencia, dejando de comer lo que comúnmente se come y comiendo solamente maíz y otras cosas semejantes. Era muy pobre y no usaba de más vestido del que por la regla le era concedido; y en su celda no tenía adorno ninguno; y contentábase con un librito de la doctrina, traducida en lengua otomí, y decía: Que para ocuparse y leer le bastaba aquel solo libro, y así no tenía ninguno de su uso; aunque para predicar a españoles sacaba alguno de la librería del convento. Era hombre muy caritativo y mostraba esta caridad mucho más con los indios; a los cuales amaba tiernamente y nunca les dio vejación ninguna; y cuando oía decir que alguno era blando y amoroso con ellos se alegraba y decía que así habían de ser tratados, aprendiendo de nuestro maestro Jesucristo que dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde, y no cruel y severo, castigando sus culpas como padre muy benigno, deseando la enmienda de ellas con amor y misericordia. En estos actos le vi diversas veces, siendo mi guardián, condolido grandemente del pecado o culpa que hubiesen cometido, y los llamaba bestezuelas y pobrecillos. A los que veía afables y mansos de condición les persuadía a que aprendiesen la lengua de los indios, en especial la otomí; porque sabía que los indios habían menester semejantes ministros, por la mansedumbre que naturalmente tienen y rogábaselo afec-

tuosamente, ofreciéndoseles por maestro. Fue muchas veces guardián de muchas casas, las más principales de la provincia y difinidor otras tres o cuatro. Y siéndolo una vez y guardián juntamente del convento de Tetzcuco, como era de espíritu devoto y continuo en la oración, deteníase en los cuartos de maitines y completas, en la suavidad de ella; y como la devoción no es igual en todos hubo alguno que murmuraba su tardanza y atribuía a que como era difinidor se debía de divertir aquellas horas en algunas cosas de gobierno. Y como vino a su noticia esta sospecha y plática, respondió: *Coram Christo Iesu*, que no pienso en aquellos ratos que estamos en el coro, sino en mis pecados que son los mayores del mundo; en lo cual se conoció su humildad y paciencia, que ni reprehendió el temerario juicio ni dejó de confesarse por pecador. Después de los cuartos ordinarios de la oración iba a prima noche al Santísimo Sacramento y rezaba de rodillas la estación y deteníase algún poco más en la consideración de aquel misterio, y decía que no le era posible irse a acostar sin tomar primero la bendición al Santísimo Sacramento, y esto es muy de creer por la costumbre grande que de ello tenía; porque según el Filósofo el hábito facilita la potencia para el mal o el bien, de que se ha engendrado.

Era muy socorrido en las necesidades de los pobres, diciendo con San Pablo: ¿Quién está enfermo y necesitado entre vosotros que no lo sienta yo con él? Y así se verificó esta compasión, entre otras muchas, una vez que siendo guardián del mismo pueblo de Tetzcuco, e yendo a Chiauh-tla, que está contiguo a él, que ahora es convento y entonces eremitorio, a visitar al santo padre fray Alonso de Escalona, recibió un papel de una mujer pobre y conocida, por ser entonces pocos los españoles del pueblo, en el cual le representaba la mucha necesidad que padecía en su persona y en sus hijos; y como tenía el corazón compasivo, movióse a muy grande sentimiento y mostró el papel al santo penitente fray Alonso de Escalona; y leído y considerada la mucha pobreza y necesidad que representaba la pobre y necesitada mujer, volvióse al dicho fray Alonso Urbano y díjole: ¿Cómo nos llamamos nosotros pobres, teniendo en la mesa de Dios la comida segura ordinariamente? Ésta sí es verdaderamente pobre, pues siempre falta en la suya, lo que a nosotros nos sobra en la nuestra. Y tratando esto más profundamente estos santos varones, confirieron las cosas de su obligación y concluyeron su visita y plática, con enviarle el santo Escalona unos chicubites de pan y de maíz; y el guardián vuelto a su convento hizo que cada semana se le diese de limosna lo suficiente de pan y carne para el sustento de su casa. Decía este santo varón que el que más necesidad padecía y más mala ropa vestía era en la república más afligido de todos, en especial de la justicia. Y es así, porque como lo afirma el Espíritu Santo:¹ Habla el pobre y todos le hacen callar. Y cuando faltan las riquezas, como dijo el otro sabio, se halla un hombre solo; porque como la pobreza no tiene puerta por donde le entre el interés y codicia, y el mundo está tan lleno de esto (proseguía este discreto religioso) no hay quien arrostre al

¹ Supra. cap. 27.

pobre; y así añadía, diciendo: Sois pobre, pues esperad, que vos llevaréis, que no os habéis de escapar de mala ventura. Lloraba, de ordinario, trabajos de pobres y enternecíase mucho en esta consideración.

Si alguno era castigado por sus culpas y él se hallaba presente, luego lloraba porque sentía mucho el pecado que el reo había cometido y no menos la afrenta que por él padecía. Estas lágrimas parece que son aprendidas de las que Cristo nuestro señor derramó doble la ciudad de Jerusalén, cuando viéndola desde el monte Olivete,² y considerando su destrucción y ruina, por los pecados de sus moradores, lloró sobre ella, sintiendo lo uno y lo otro. Esto se verificó en este compasivo siervo de Dios una vez que viniéndose a la presencia del padre comisario, que a la sazón lo era el v. p. fray Rodrigo de Sequera, ciertos religiosos de otra provincia donde habían sido delincuentes, a los cuales habiéndolos recibido y castigado el dicho comisario y reducido a muy buen concierto por mano del mismo guardián fray Alonso Urbano, se los dejó en casa para que los tuviese en casa de disciplina por algún tiempo, el cual lo aceptó y dio en guarda al padre fray Juan de Macorra, religioso de grande satisfacción y buen celo y espíritu de siervo de Dios, al cual encargó el guardián que tuviese gran cuenta con su regalo; porque aunque estaban presos no les faltase la caridad y consuelo, diciendo que su aflicción les bastaba y que no tenía necesidad de médico el sano (como dijo Cristo)³ sino el enfermo; y que a los pecadores vino a llamar Cristo y no a los justos. Y es así que dejando las noventa y nueve ovejas en su rebaño (como dice en su *Parábola*)⁴ salió a buscar la una que se había desmandado y perdido.

Aborrecía pláticas ociosas y los nombres de burlas que suelen ponerse algunas personas. Y siendo guardián del convento de Tulantzinco, tenía comunidad de más de treinta frailes, porque había estudio de artes; y pasando un día por donde estaban algunos de estos estudiantes oyó de paso uno o dos nombres que habían puesto a otros, y sintiéndolo mucho (aunque lo disimuló por entonces) fuese a la celda, y considerando la calidad de cada uno de los que tenía a su cargo, aplicóles la virtud que más en ellos conocía, y escribiólas en un papel; y después en comunidad, estando todos juntos, hizo una plática donde afeó y abominó aquel modo de poner nombres; y queriéndolos enseñar, como padre, dijo: Los nombres que se han de poner a los religiosos son éstos, y comenzó diciendo: El humilde fulano, porque le parecía estar en aquél la virtud de la humildad; el celoso fulano, porque tenía celo de religión, como otro Elías de la de Dios contra los idólatras; el caritativo zutano; y de esta manera fue discurrendo por todos dando a cada uno una prerrogativa, según le parecía tenerla, y así distribuyó por sus hijos las virtudes que más les cuadraban; en que se conoció el celo de su caridad y el deseo que tenía de que todo fuese dicho en servicio de Dios y en amor y caridad del prójimo.

En la pestilencia del año de 1577, siendo guardián del mismo convento

² Luc. 19.

³ Luc. 5.

⁴ Math. 12. Luc. 15.

de Tulantzinco, fue a confesar a la provincia de Tlaxcalla, donde llegó primero la enfermedad, y estuvo por toda su tierra dos meses trabajando con grande espíritu en el remedio espiritual y corporal de los enfermos, y cuando entró en su jurisdicción se volvió a su casa y comenzó a cuidar de sus enfermos con grandísima solicitud, haciendo guisar carne en el convento para darles y él en persona, con un compañero, andaba por las casas de los enfermos administrándoles la comida, no causándole asco ni horror el mal olor de la peste (que era muy malo y muy contagioso) y animaba a todos sus compañeros a la caridad y cuidado de los apestados, repartiéndolos por barrios y calles para que la caridad que se les hacía alcanzase a todos.

Un Viernes Santo, siendo guardián del convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, después de haberse sentado debajo de la mesa a comer pan y agua, como lo acostumbran los frailes menores en esta provincia, vino en él el espíritu de Dios, y considerando las afrentas que Cristo señor nuestro había pasado aquel día, y cuán ignominiosamente le habían puesto en la cruz, llamó a un religioso llamado fray Bernardino de Zamudio, y teniéndose en el suelo le dijo que le pisase la boca; y rehusándole el religioso se lo mandó por obediencia; y así le puso el pie en su boca y se la pisó por un rato; y dijo el bendito guardián en voz que todos lo oyeron: ¿que hayan hoy crucificado a mi señor Jesucristo, y que yo esté comiendo? Era también de muy grande recogimiento y jamás salía de casa. Y siendo guardián del convento de San Francisco de Mexico le pidió un fraile licencia para irse a espaciar y holgar por algunos días; y la respuesta fue decirle que después tratarían de aquello, y en el refectorio sacóle a las culpas y díjole que un hombre amortajado cómo era posible, que tuviese ánimo de irse a holgar, pues la mortaja era indicio de la muerte. Y negándole la licencia fundó sobre esto una plática muy devota y espiritual, con que el fraile quedó consolado y la comunidad muy edificada.

Cuando vinieron los primeros religiosos descalzos para la China era guardián de Tetzcuco y movióse a ir con ellos sin dar parte de esta su determinación a nadie. Y salió a su nuevo viaje día de San Juan Evangelista, trocando el hábito común de la observancia, en el más estrecho que usan. Llegó a Cuernavaca, aunque con contradicción y repugnancia de todos, en especial del apostólico varón fray Domingo de Aréizaga, que era provincial; y aunque se lo rogó y persuadió mucho, encargándole la conciencia por las lenguas que sabía, no aprovechó nada hasta que dieron noticia de ello al virrey, don Martín Enríquez, y le escribió con el provincial juntamente, y con esto le volvieron a la provincia. Predicaba este siervo de Dios tres sermones en una misma mañana a los mexicanos, otomíes y castellanos y era incansable en la obra y doctrina de ellos. Tuvo a cargo los indios de Mexico en la Capilla de San Joseph y nunca, hasta que murió, dejó de predicarles. Fue algunas veces guardián del convento de Tulla y así, en estos últimos años de su vejez, residió en él. Y siendo guardián la última vez, aunque siempre fue muy observante y penitente, mucho más se fervorizó en esto en los últimos días de su vida. Llegó a estar muy flaco y qui-

tósele la gana del comer y por esta causa le daban mucha pena en pedirle que comiese; y respondía: si pudiera lo comiera, sin que nadie me lo aconsejara. Pero con todo esto, aunque no comía como los frailes querían, todavía pasaba algo; pero en los días que eran de pescado no comía, en ninguna manera, carne, ni quebrantaba la forma del ayuno. Tenía de costumbre este caritativo religioso salir a la puerta de los conventos donde estaba a dar pan a los niños que se juntaban a recibirlo; y para esto llevaba de ordinario tres o cuatro en las mangas; y si se le acababa, por ser muchos los que recibían, enviaba por más, porque todos llevasen de la caridad que les hacía. Y en este convento de Tulla no olvidó esta su santa costumbre; pero como faltó los últimos días de su vida, porque ya no salía de la celda, lo echaron menos los niños y entraron a buscarle a su celda; y porque no faltase la caridad con que los tenía acariciados hacía llevar el pan arriba y partido sobre la mesa aguardaba, y en viendo abrir la puerta de la celda, si era algún niño el que entraba se alegraba y haciale tomar un mendrugo, y abrazábalo y despedíalo con mucho contento y alegría.

La última misa que dijo fue día de San Bartolomé, por agosto, y luego por septiembre recibió el viático, cinco días antes de su muerte que fue domingo; y para recibirle se puso de rodillas en el suelo y puestas las manos habló con sus frailes, pidiéndoles perdón del mal ejemplo que podía haberles dado (propiedad de santos reconocerse siempre por pecadores) luego se tendió en el suelo y puso su rostro en tierra (como diciendo, tierra eres y en tierra te has de convertir) recibióle con mucha devoción y lágrimas, y todos los presentes se deshacían en ellas. Pidió luego la extremaunción y dijo que se la diesen de día, por no dar mala noche a sus compañeros. Después de haberla recibido díjole el padre fray Juan Macorra que fue el que le ungió: Ya, padre guardián, estará contento, que está dispuesto para irle a tener con Dios en los cielos; y oyendo estas palabras el enfermo abrazóse con él, muy apretadamente, con el gusto que recibió de haberlo oído; porque no le hay mayor para un desterrado de su patria y que desea verla, que es el tratarle de ella y que ha de llegar tiempo en que la ha de ver y gozar. De esto se alegraba el otro pastor Títiro,⁵ cuando decía que después de algunos años de ausencia y destierro volvería a ver su pobre choza y cabaña. Y San Pablo,⁶ cuando decía, nuestra conversación es en los cielos; como diciendo que el mayor gusto de ella era tratar de aquella patria soberana.

Esto fue miércoles en la tarde, diez y siete de este dicho mes y pidióle licencia para irse a ver con el virrey don Luis de Velasco, que a la sazón estaba en un pueblo llamado Huehuetoca, que había ido a ver el desagüe que hacen de la laguna de Tzumpanco, y concediósele para otro día, que era jueves; y llegada la mañana fuese a despedir el dicho fray Juan Macorra de él y díjole el bendito padre fray Alonso: ¿Pues cómo, padre y amigo, ahora que más lo he menester se me quiere ir? ¿Pues no somos amigos? Mire, que le he tenido por hijo y amigo tantos tiempos como ha que nos

⁵ Eleg. 1.

⁶ Ad Phil. 3.

conocemos, no se vaya, que quiero que me honre en mi muerte y que entierre mi cuerpo. Replicóle el religioso diciendo: Padre, ese modo de morir va a la larga y no habrá necesidad de mí tan presto; pero cuando lo sea yo volveré mañana vienes y asistiré con vuestra reverencia. Respondió el varón apostólico: Si se va hoy, mañana cuando vuelva me hallará muerto y enterrado, por su vida que no se vaya sino que aguarde para enterrarme y en esto quiero que me pague el amor que le tengo; con estas persuaciones se quedó el religioso. Llegado el día del vienes, pasólo todo en sus continuas meditaciones y oraciones, hasta las cinco de la tarde que le dio un parasismo, con que perdió la habla, aunque luego volvió de él; pero aunque tornó en sí y tuvo muy buen juicio y sentido a todo lo que le decían, no hablaba. Y de esta manera estuvo espacio de tres horas, hasta casi las ocho de la noche que fue Dios servido de dar fin a sus trabajos y llevarse para sí su santa ánima, sin los sentimientos que otros cuerpos tienen cuando los desamparan las almas que les han hecho compañía, aunque mostró un poco de congoja al despedirse.

Quedó su cuerpo en la cama, como si estuviera vivo y vestido de la mortaja con que se enterró, que es el hábito, porque ni en vida ni en muerte jamás se lo quitó, ni usó de camisa ni lienzo, ni aun para morir (en tanta flaqueza como tenía) se la puso. Enterráronle otro día sábado, con misa de cuerpo presente, a la cual acudió toda la gente del pueblo y jurisdicción, llorando la ausencia de su santo padre, y cuando le echaron en la sepultura casi lo despojaron del hábito, porque cortaban de él como de reliquias de tan santo hombre; y por su orden le fueron besando los pies. Otro día pidieron los indios del pueblo una misa, y la ofrendaron de pan y vino y otras muchas cosas; y lo mismo hicieron los pueblos de visita, cada uno por sí y decían: ¿Qué será de nosotros, que ya nos ha faltado este santo a quien teníamos por padre? Murió de edad de más de ochenta y cinco años y de hábito y religioso sesenta y seis. No tuvo enfermedad ninguna más de habérsele quitado la gana del comer. Murió con el silicio a raíz de las carnes, como lo había acostumbrado en vida. Fue virgen, según se presume, porque lo dijo alguna vez en confesión, tratando de algún pensamiento que le había ocurrido acerca de alguna deshonestidad. Jamás consintió que le echasen sábanas en su pobre cama, remitiendo todos sus regalos en la presencia de Dios donde como dice David hay hartura de todos los bienes, y entonces se harta el alma cuando aparece su santa gloria, de la cual creo que goza este apostólico varón, cuyo cuerpo está enterrado en la iglesia de este convento de Tulla, haciendo compañía a otros santos cuerpos que de allí se han de levantar a ser gloriosos con sus santas y benditas ánimas el día del Juicio.